

La calle para el martes tres de junio de 2008
Diario de un espectador
El ateneo de Angangueo
por miguel ángel granados chapa

Dueño de una cómoda casa en la calle de Amatlán, en la colonia Condesa (en los tiempos en que allí no había más restaurante que el Sep's), Iván Restrepo la convirtió en la sede del Ateneo de Angangueo. Economista mexicano nacido en Colombia, Restrepo era en los años setenta pionero del ecodesarrollo, la preservación del ambiente y la sustentabilidad, temas sobre los que juzgaba necesario crear una conciencia pública (como sigue creyéndolo hoy y trabajando al efecto, con sus comentarios con Joaquín López Doriga en el canal dos). En el Conacyt, donde ambos trabajaban se hizo amigo de Manuel Buendía, con quien bromeaba a menudo. Restrepo le contó, en son de chunga, que él mismo y Carlos Monsiváis “éramos originarios de Angangueo, Michoacán; que en su afamado Ateneo habíamos perfeccionado el jardín de niños y la primaria: respondió que él era de allí cerquita. Y que, grata coincidencia, una tía suya había fundado el Ateneo en 1856, que la historia era larga. Con el pretexto de que la contara, organicé la primera comida de tan Augusta Institución (como solía él llamarla), a la que asistieron Monsiváis y Fernando Benítez. El Ateneo tuvo así su sede en el Distrito Federal”.

Restrepo recuerda esos años felices en un capítulo del libro Los días de Manuel Buendía, aparecido en noviembre del mismo 1984 en que el periodista fue asesinado, según recordamos ayer. Cuenta que se programaron reuniones los miércoles. La materia, hacer pedazos con humor “piezas clásicas de nuestra oratoria política”, para evitar que se perdieran “o bien no se hiciera suficiente elogio de ellas...”

“Para constancia histórica y estímulo a las futuras generaciones se establecieron trofeos, preseas y condecoraciones. La primera, la Gran Batea, diseñada por artesanos de Quiroga, como honor magnífico, reservada para discursos, textos de ley y textos escritos. La Pata de plomo, en cambio, se instituyó para premiar declaraciones a la prensa, televisión y radio. Con el tiempo, los premios aumentaron, debido a la constante provocación que constantemente sufría el Ateneo por parte de secretarios, gobernadores, senadores, líderes: la Penca de oro con cordón de jarcia, la Albarda de plumas de colibrí con aparejo de piel de ninfa y otros galardones con que se estimula el nivel de ingenio, originalidad y —sobre todo—solemnidad alcanzada por los concursantes.

“El Ateneo se vio enriquecido con la participación de don Francisco Martínez de la Vega, Elenita Poniatowska, Miguel Ángel Granados Chapa, Margo Su, don Alejandro Gómez Arias, Héctor Aguilar Camín. Y también, en ocasiones de Sara Moirón. La delicada tarea que se había impuesto la institución interesó bien pronto a un grupo de funcionarios del más alto rango, que se arriesgan a comer mal y a platicar sobre diversos temas, pero siempre con el máximo humor y respeto.

“Manuel llegaba siempre primero, a comentar asuntos familiares, adelantar primicias que luego daría con lujo de detalle a los demás asistentes: para enterarse de los guisos que se iban a servir en la comida y protestar por su calidad, mientras engullía en la cocina un taco de queso o chicharrón...En el Ateneo hubo la oportunidad de gozar el enorme sentido de humor de Manuel. A la seriedad y frecuentemente la solemnidad con que envolvía sus preguntas y comentarios, agregaba la ironía cuando el caso lo ameritaba. Y calaba tan hondo que muchos de los personajes nombrados en sus columnas como aspirantes a algún premio aceptaban la crítica, pero no la carga de humor con que Manuel calificaba documentos, declaraciones, libros, discursos...Imposible resumir aquí la delicada labor desarrollada por el Ateneo para discernir premios. Hubo necesidad de crear la MIA (Mexican Inteligency Agency) para investigaciones de altos vuelos.”